

Sonia Cámara (@mamaderizos)

con la colaboración de Mamadu Nfamara (@papaderizos)

TE ENCONTRÉ EN BISÁU



Te encontré en Bisáu

Sonia Cámara,
con la colaboración de Mamadu Nfamara

Esencia/Planeta

© Sonia Cámara, 2025
Con la colaboración de Mamadu Nfamara
© Edición y fijación del texto: Emma Lira, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Ilustración del interior: Naranjalidad

Primera edición: junio de 2025
ISBN: 978-84-08-30514-9
Depósito legal: B. 8.949-2025
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



*Próxima misión: Guinea-Bisáu**Abril de 2018*

Repaso mentalmente la lista de imprescindibles que debo meter aún en la maleta. Todas ellas son cosas básicas para el ejercicio de mi profesión: antimosquitos, fotos para decorar mi habitación, zapatillas de *trekking* y, por supuesto, chocolate.

No, no soy exploradora ni piloto de *rallies*, aunque no puedo negar que tengo espíritu aventurero. Por eso vivo con una emoción intensa los preparativos de la que estoy segura de que será la mayor aventura de mi vida. Tengo veintinueve años y llevo casi diez siendo enfermera. Mi profesión me encanta, pero debo reconocer que ir al trabajo cada día al mismo sitio me resulta monótono. Por eso, la primera vez que una de mis colegas me habló de AMI, una oenegé portuguesa de asistencia médica internacional, supe que había encontrado mi sitio en el mundo; no podía dejar pasar la oportunidad de unir mi carrera con mi gran pasión: viajar.

Sonrío mientras añado a la lista de imprescindibles los regalos que tengo preparados para dos personas con las que voy a reencontrarme muy pronto.

Santi y Maca.

Los conocí en Barcelona hace poco más de un año, en el curso de preparación que AMI organizó para los novatos antes de nuestra primera misión.

Con Santi, durante las dos semanas intensas de clases y convivencia saltó la chispa. Una cosa llevó a la otra y..., bueno, ya me entendéis.

Con la otra persona, Maca, acabo de colgar tras una videollamada de treinta y cinco minutos. Gracias a Face-Time podemos seguir hablando cara a cara a pesar de los más de diez mil kilómetros que nos separan desde que volvimos de Bangladés, nuestro primer destino.

Precisamente de nuestra experiencia allí hemos estado charlando un buen rato. En ese pequeño pero superpoblado país hemos pasado juntas los últimos tres meses, una vivencia que sabemos que no olvidaremos jamás, y que a ella la ha marcado de forma especial.

—Tienes que pensar que va a ser diferente. ¡Esta misión es estable, Maca! —he tratado de animarla.

—Boluda, ¿sabés la de veces que soñé con la noche en la que pasó todo? —me ha rebatido ella con su marcado acento argentino.

—¿Y qué te ha dicho la psicóloga?

—Que es un duelo que debo pasar, y es normal que tenga esos pensamientos o recuerdos de vez en cuando...

—¡Ya verás como esta vez va a ser distinto, amiga! ¡Ayer hablé con Santi y me dijo que se iban a una fiesta a un estadio! ¿Te imaginas? ¡Van a fiestas!

—Bueno, y vos, ¿qué onda con eso? ¿Tenés ganas de verlo?

—Sí, y ya iremos viendo qué pasa... No hemos dejado de hablar por WhatsApp desde que nos conocimos, ¡y es mucha coincidencia que vayamos a encontrarnos en la misma misión, tía! ¿Crees que querrá que compartamos habitación? —le he preguntado nerviosa.

—La verdad, creo que tenés que dejarte fluir, Soni.

—Ya, ya..., pero, tía, las conversaciones que hemos tenido todo este tiempo no han sido lo que se dice de trabajo, ¿me entiendes? Creo que ambos nos morimos de ganas de reencontrarnos... y algo más.

—Pues ya está, loqui, eso es perfecto. Disfrutá de este destino y cuando estés allá me llamás para contarme todo.

—¿Qué día llegarás tú a Bisáu?

—El 20 de abril.

—Genial, justo una semana después que yo.

En AMI no puedes elegir destino. Tiene sedes en todo el planeta, por lo que es muy difícil que te toque ir de misión con personas que ya conoces. De eso precisamente nos habíamos lamentado al volver de Barcelona, ella a Buenos Aires y yo a Pamplona.

Que fuéramos juntas a la primera misión era muy poco probable, a menos que se tratara de una situación de emergencia, y justo eso fue lo que pasó en Bangladés, donde un año atrás se había asentado el campo de refugiados más grande del mundo debido a la crisis de los rohingyas.

Fue una tremenda catástrofe humanitaria y una experiencia personal durísima, pero al menos la compartimos. Y no hay nada como unas condiciones adversas para conocer bien a una persona. Tuve la suerte de tratar mucho

con Maca, una chica divertida, apasionada de su profesión de enfermera y a la que le encanta beber mate..., como a casi todos los argentinos, ¿no?

Pero no fue la única persona a la que conocí allí. Éramos diecisiete expatriados, de diferentes nacionalidades, que vivíamos en la misma casa y trabajábamos de sol a sol en los campos de la frontera con Myanmar.

Sufrimos muchísimos percances, pero, sin duda, lo que nos marcó a todos fue la muerte repentina de Antoine, uno de nuestros compañeros.

Maca fue una de las que se pasaron más tiempo realizando las maniobras de RCP, sin éxito.

Antoine, natural de Burkina Faso, falleció en la casa donde vivíamos juntos. Solo llevábamos un mes allí, y Maca quedó muy pero que muy tocada.

Sin embargo, trato de animarme a mí misma, esta misión va a ser muy diferente.

Guinea-Bisáu es un destino mucho más tranquilo. Viviremos en la capital, trabajaremos en un hospital y tendremos nuestra propia habitación con baño. Y, según Santi, que ya lleva allí más de dos meses, hasta podremos ir a fiestas.

Todo un lujo.

Me obligo a centrarme en el presente: ¿se me derretirán los chocolates en la maleta durante el viaje?

Parece una frivolidad, pero sé que una de las cosas que más se echan de menos cuando estás trabajando fuera de tu país tanto tiempo son los caprichos culinarios, así que, en mi lista de imprescindibles, o *must have*, no pueden fal-

tar varias tabletas de chocolate y otras pequeñas chucherías. Hacer el equipaje me resulta siempre agotador, de modo que decido enviarle un audio a mi madre para ver si puede encargarse de algunas cosas que me faltan.

Necesito tomarme un pequeño descanso y me tumbo en la cama sin poder evitar que la cabeza siga dándome vueltas. Tantas emociones ante lo que estoy a punto de vivir dejan exhausto a cualquiera.

Despedidas

Abril de 2018

Quedan dos días para volar a Bisáu, y uno de los grupos de amigas a las que conozco desde siempre ha organizado una comida para despedirme. Compartimos adolescencia, decisiones importantes, tropiezos y celebraciones. Y hoy nos hemos citado a la una y media en la sidrería Kaleangora para tomar el vermut y comer allí.

Con el tiempo, han ido llegando otras mujeres a mi vida. Algunas no están desde los inicios, pero en algunos momentos se han convertido en imprescindibles. A su manera, también son hogar, como Marta y Vicky.

Me pongo unos vaqueros ajustados, un *top* básico negro, un bléiser color crema y unos botines planos; nunca he sido de tacones. Me miro al espejo y no puedo evitar pensar que muy pronto dejaré este tipo de ropa para volver a meterme en bombachos y camisetas básicas que ya estén «para dejar allí».

Aparezco tres minutos tarde. Solo María ha llegado puntual, pero el chat de nuestro grupo tiene varios mensajes nuevos.

Malen: Aparcando. 13:25

Ane: Chicas, no encontraba las llaves de casa y hemos cogido el autobús más tarde. Estoy con Mariela, que se le ha apagado el móvil. Enseguida estamos ahí. ¡Qué ganas de comidaaaaa! 13:27

Esto no es ninguna sorpresa, Ane y Mariela nunca llegan a la hora, pero, sea como sea, siempre tienen alguna explicación para justificar su tardanza.

Dejo de leer porque en ese mismo instante aparece Andrea con su marido Iñaki empujando un carrito de bebé.

Andrea es la primera del grupo de amigas que ha tenido un hijo, y estoy deseando conocerlo. Hace tan solo una semana que Bosco ha llegado al mundo, pero ya es un bebé que ronda los cuatro kilos y medio. Tiene la cara redondita y nada de pelo. Me sorprenden sus ojitos rasgados y lo placidamente que duerme bajo una mantita color verde *mint*.

El parto de Andrea fue largo y difícil porque Bosco venía grande, pero lo hizo genial y al final tuvo un parto natural atendido por Mariela y Malen, que son matronas.

En cuanto estamos todas, entramos en la sidrería y cogemos mesa.

—¿Ya tienes la maleta preparada? —me pregunta María, siempre tan organizada.

—Bueno, me falta el vino y alguna cosilla de última hora, aunque me han dicho que allí puedes conseguir casi de todo, por lo que no estoy muy preocupada.

—¿Y Santi? ¿Está allí? Tía, ¿qué vas a hacer cuando lo veas? —inquieta María con curiosidad. Ella es la que siempre lanza las preguntas de este tipo en nuestro grupo.

Las demás escuchan atentas mientras damos buena cuenta de unos chorizos a la sidra.

—Pues me ha dicho que tiene ganas de verme..., y, la verdad, yo también. Pero me da miedo que luego no sea como nos hemos estado imaginando este tiempo. Al final solo tuvimos un lío hace un año en Barcelona y no nos hemos vuelto a ver... No sé cómo será el reencuentro, a pesar de no haber perdido el contacto.

El corazón me dio un vuelco cuando me comunicaron que mi siguiente misión sería allí, en Guinea-Bisáu, justo donde Santi estaba. ¡Por fin nos íbamos a reencontrar!

Santi es pediatra y un loco de los viajes, los libros y la fotografía. Puedo hablar con él durante horas, y tiene un alma infantil que aflora cada poco en forma de risa pícara.

Vamos, que se me caen las bragas con Santi desde que lo conocí.

La comida transcurre entre risas y revuelto de hongos, bacalao, entrecots con pimientos y, por supuesto, idas y venidas a la *kupela* para beber sidra con el grupito que esté allí.

Hemos llegado al queso con membrillo y nueces de postre cuando Mariela se acerca a mí con una bolsita.

—Esta vez te vas por más tiempo, así que te hemos traído algo para que te acuerdes de nosotras todos estos meses —comenta emocionada.

Abro el paquete y descubro una cámara instantánea estilo *vintage* preciosa. Es de color marrón y crema, y no me puede hacer más ilusión. Como a Santi, a mí también me encanta la fotografía y nunca había tenido una cámara como esta.

—Gracias, chicas. ¡Habéis acertado de lleno! ¡Así podré decorar mi habitación con las fotos que vaya haciendo y después crear un álbum para enseñároslo! —les digo entusiasmada.

—Sí, pero cuidado no gastes el carrete haciéndote selfis con *Santi* —me dice María poniendo especial énfasis en su nombre.

—¡Bueno, o con cualquier guineano! ¡Que con Sonia nunca se sabe! —añade Malen mirándome con complicidad.

—Uy, no creo —les comento—. Precisamente ayer, leyéndome el informe de la misión, reparé en una norma que me sorprendió bastante. Pone que está prohibido tener ningún tipo de relación amorosa con personal local... Qué raro, ¿no?

—¿En serio? —coinciden ellas mirándome con incredulidad—. Y eso, ¿por qué?

—No tengo ni idea... —Me encojo de hombros—. Cuando llegue allí imagino que me explicarán esto con más detalle, ¡ya os contaré!

—Chicas, yo lo siento, pero vamos a tener que irnos ya... —nos advierte Andrea con cara de resignación—. Bosco está un poco irritable y creo que necesita una buena siesta.

Andrea e Iñaki se marchan justo después de comer para hacer honor a su recién estrenado título de padres, y las demás decidimos continuar la marcha por el centro, pasamos al tardeo y se nos hace de noche. El ambiente es magnífico. Los bares de la calle San Nicolás están hasta arriba de gente y no paramos de bailar hasta que damos por finalizada mi despedida. Me invade una mezcla de emociones que me hace feliz: nostalgia por lo que dejo y expectativas por lo que voy a vivir.

En el autobús de vuelta a casa abro el WhatsApp y veo un mensaje de Santi.

Recién llego a casa. Fuimos a un recital de una banda de acá y estuvo buenísimo. ¿Qué tal vos?

Me envía también una foto en la que se lo ve con otros compañeros expatriados y muchos guineanos en lo que parece un estadio de fútbol enorme. Se me escapa una sonrisa.

Volviendo a casa... Mañana tengo que terminar mi equipaje, ¡que el lunes ya cojo el vuelo! ¿Quieres que te lleve algo, por cierto?

Leo «escribiendo» al momento y no puedo dejar de mirar la pantalla hasta que aparece el mensaje.

Me muero de ganas de que VENGAS
VOS, no importa lo que traigas.

Me apoyo el móvil en el pecho con un suspiro y trato de que el resto del autobús no perciba mi sonrisita de adolescente.

Santi.

Recuerdo que la primera vez que lo vi en Barcelona, en el curso de preparación para la primera misión, no me llamó especialmente la atención.

Un pediatra argentino que destacaba en clase por responder muchas preguntas y con un inglés casi perfecto no era mi «prototipo», pero, la verdad, tampoco he creído nunca en eso de los prototipos.

Sus recitales de guitarra para todos por las noches en el albergue, su brillo infantil en la mirada cuando hablaba de viajes y su sonrisa infinita hicieron que gradualmente fuera despertándome «un poquito» más de interés.

O un muchito.

Nuestras miradas se encontraban en casi todas las clases hasta que una noche, cenando con el grupo unos bocadillos en la playa de la Barceloneta, nos quedamos solos hasta bastante tarde mirando el mar.

Me contó su historia. Él ya tenía su primera misión asignada: se iría seis meses a Angola.

Esa noche nos besamos.

Al finalizar el curso vino a Pamplona unos días conmigo, pues coincidía con los sanfermines, y estuvo encantado de aprovechar esa oportunidad. Después volvió a Ar-

gentina y nuestros caminos se separaron..., pero están a punto de volver a encontrarse.

Y no hemos dejado de llamarnos en ningún momento.

Llego a mi casa más contenta que unas castañuelas y, haciendo un repaso mental de las cosas que me quedan por preparar, me quedo dormida... soñando.